

En el umbral

11 retos para el futuro de la democracia

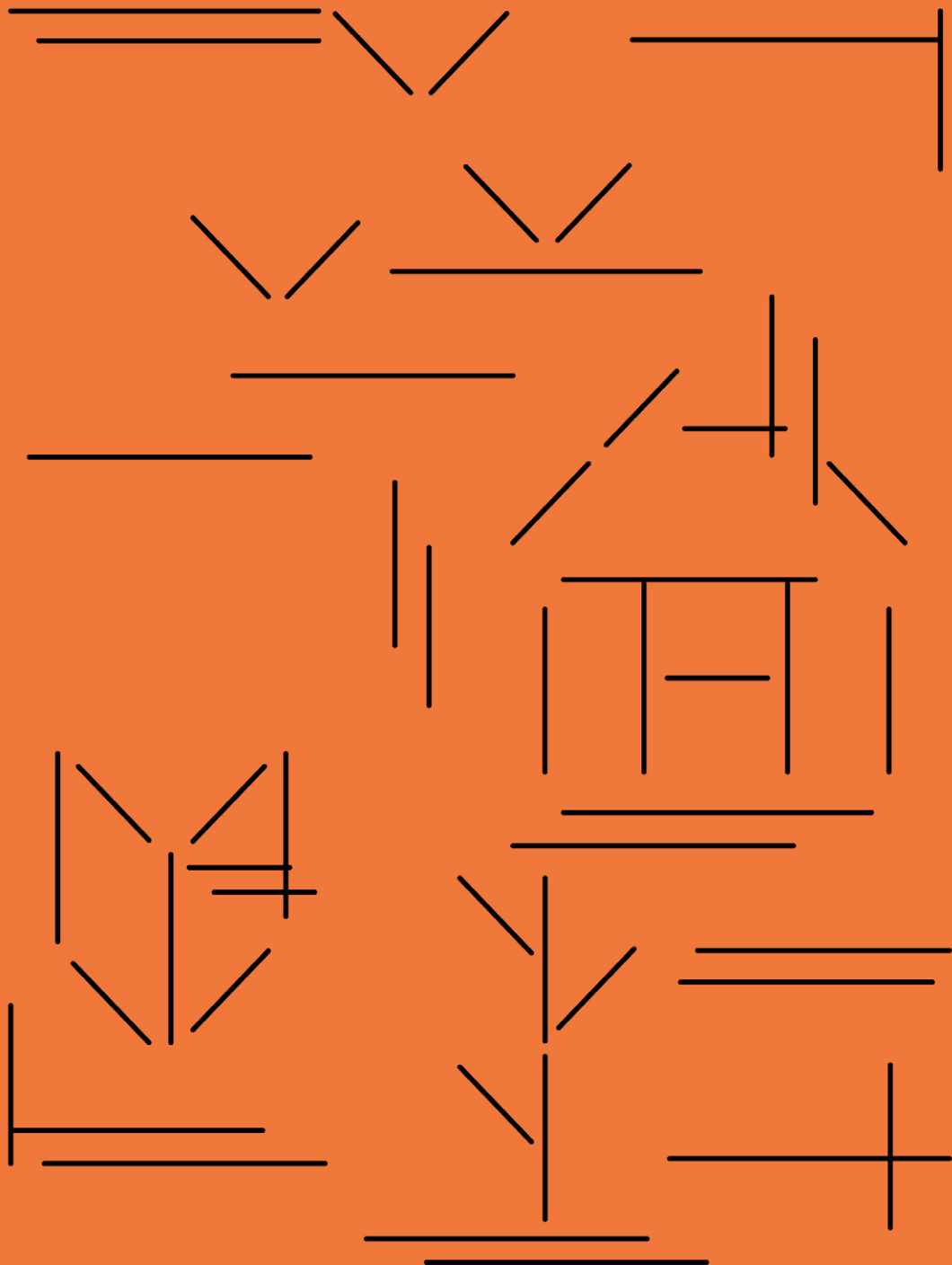
Fernando Broncano

Jaume Peris

Remedios Zafra

No sabemos qué democracia habitarán quienes hoy no han nacido, pero sí sabemos que esa democracia se estará construyendo, o deshaciendo, en cada una de las decisiones —pequeñas y grandes— que tomemos entre hoy y entonces.

CON——
COMITENTES





Poliniza #01

La polinización es un viaje. Es una transferencia de granos de polen entre una parte de una flor y otra. Con la colección Poliniza, Concomitentes Editora abre un espacio de reflexión colectiva que sirve como puente entre prácticas artísticas, territorios y comunidades que, de otro modo, difícilmente entrarían en contacto. Así como el polen viaja gracias a un tercero —el viento, el insecto, la mano que lo transporta sin ser su destinatario final—, esta colección busca ser ese agente intermediario, un lugar donde las ideas, los procesos y los aprendizajes puedan fecundar otros, lejos de su origen, dando lugar a formas de pensamiento y acción que no habrían surgido en aislamiento.

Que sea precisamente Concomitentes quien impulse esta colección no es casual. Nuestra práctica consiste en producir obras de arte que nacen de un deseo ciudadano, mediando entre comunidades y artistas para dar forma colectiva a esa voluntad.

Poliniza aspira a realizar un ejercicio de reflexión lenta sobre muchas de las complejidades que encierran estos procesos. De ahí que cada publicación-polen de esta colección sea el resultado de una pregunta. En este primer número, hemos pedido a Remedios Zafra, Fernando Broncano y Jaume Peris, del Laboratorio de Futuros de la Universidad de Alcalá, que compartan cuáles son, a su juicio, los retos a los que se enfrenta la democracia en la actualidad.

Fernando Broncano
Jaume Peris
Remedios Zafra

En el umbral 11 retos para el futuro de la democracia

CON————
COMITENTES

Democracia: así que pasen cincuenta años. **p. 9.** | Las democracias en una época posglobalizada y posliberal. **p. 9.** | Tres transiciones. **p. 11.** |

1. La revolución de los cuidados y la democracia de la interdependencia. **p. 13.** | 2. Reinventar la participación democrática: de las políticas de agravio a las políticas de la creación social extendida. **p. 15.** | 3. Por una cultura común y de lo común: nuevos humanismos no androcéntricos y antropocéntricos. **p. 17.** | 4. Más allá de las sociedades del consenso: democracias que integren el disenso, la fricción y el conflicto y lo limiten con formas democráticas de control. **p. 19.** | 5. Resituar el arte y la creatividad: del marco de la industria de la cultura a la creatividad social generalizada. **p. 21.** | 6. Una cultura constituyente: estéticas y narrativas para una democracia por venir. **p. 23.** | 7. La educación para el futuro. Contra la degradación del pensar, por el sentido crítico y el espíritu creativo. **p. 25.** | 8. Infraestructuras para la democracia: políticas de soberanía tecnológica y descentralización. **p. 27.** | 9. Liberar tiempo de vida del marco de la productividad. **p. 30.** | 10. Desespectacularizar la vida: recuperar la atención como bien común. **p. 32.** | 11. Un futuro donde los pobres también juzgarán mañana. Justicia y clase social. **p. 34.** |

¿Cómo imaginar la democracia del futuro?, ¿qué ideas-fuerza y qué emociones la atravesarán?, ¿con qué lenguajes se expresará? y, sobre todo ¿qué formas de decisión y de participación habilitará? Son preguntas, sin duda, imposibles de responder hoy, aunque podamos intuir que compartirá algunos rasgos con nuestras formas actuales de gobierno y que también se diferenciará de ellas en algún punto esencial, que no somos capaces de vislumbrar en el presente. El pensamiento democrático siempre constituyó, desde su origen, un desafío a lo pensable por cada sociedad. Creemos que esa potencia desafiante sigue viva en nuestro tiempo, aunque opacada, a menudo, por las disputas de la política parlamentaria, en las que el concepto se utiliza vaciado de sentido profundo, como si fuera un conjunto de procedimientos de acceso y ejercicio del poder.

Y sin embargo, vivimos un tiempo en que crece la percepción colectiva de que algunos fundamentos de la democracia están bajo amenaza. Por ello, gran parte de los países del mundo comparten la aspiración de mantener las formas de una sociedad democrática, incluidas aquellas que la caracterizaron desde su inicio: la separación de poderes y la existencia de cámaras legislativas por elección. Las degeneraciones y corrupciones, sin embargo, están tan generalizadas como la aspiración democrática. La cuestión es cuánta resistencia va a tener el prestigio de la democracia como forma de estado y como atmósfera de la sociedad en los próximos tiempos.

¿Qué forma adoptará, pues, la democracia dentro de cincuenta años? No podemos saberlo con certeza. Este documento comienza exponiendo un diagnóstico de las zonas de tensión de las democracias contemporáneas para proponer después una serie de ejes cruciales que constituyen, desde nuestra mirada, algunos de los grandes retos de la democracia por venir.

Las democracias en una época posglobalizada y posliberal

¿Si en la primera quincena del siglo XXI se observó a lo largo y ancho del mundo un avance de los deseos colectivos de un

mundo más justo, tal como se expresaron en las grandes manifestaciones del feminismo, la conciencia colectiva sobre el cambio climático, los masivos movimientos contra la corrupción económica y política que ocuparon tantos espacios a lo ancho del planeta, las conquistas de derechos de los colectivos LGTBI, las reacciones contra el racismo, y tantos otros avances, la segunda quincena del siglo ha dado lugar a transformaciones profundas de carácter reaccionario que buscan reformas generales que impidan que en el futuro se vuelvan a abrir tiempos similares de emancipación y adquisición de agencia de las clases y colectivos subalternos. Son transformaciones en el orden cultural –las guerras contra la cultura *woke*– en el orden social y político –giros hacia nacionalismos excluyentes– y, sobre todo, en el orden económico, en forma de un capitalismo extremo que se ha ido liberando de las coartadas neoliberales del apoyo a las familias para que establezcan planes de vida. Parece que entramos en un mundo mucho más darwiniano en todas las escalas del orden social.

A esas grandes transformaciones de índole cultural, política y económica ha de unirse un proceso con capacidad para reordenarlas todas: la profundidad y velocidad del cambio tecnológico que está generando una completa reingenierización de todos los sistemas. Fundamentalmente los cambios que tienen que ver con la inteligencia artificial, la investigación en nuevos materiales y las diferentes biotecnologías. El cambio tecnológico ha inducido una carrera mundial entre grandes potencias por situarse en la vanguardia de la transformación, empujadas por la convicción de que el dominio tecnológico es la principal fuente de poder geoestratégico. Esa carrera tecnológica se da, sin embargo, en un marco ecológico extraordinariamente tensionado. Si en el siglo pasado creció la conciencia ecológica ante la evidencia del cambio climático y de la necesidad de asegurar la sostenibilidad de los recursos, en esta segunda quincena del siglo XXI asistimos a una especie de carrera geoestratégica por el dominio de los recursos naturales y materias primas necesarias para sustentar la carrera tecnológica.

Estas transformaciones han producido en todas las sociedades estados colectivos de ansiedad, muchos de ellos manufacturados por los poderosos dispositivos de comunicación de los medios sociales. La ansiedad cultural, la tecnológica y la ecológica ha dado lugar, como suele ocurrir cuando se instalan políticas

de miedo, a procesos de profunda polarización moral y política, a una creciente resistencia al multiculturalismo y a las sociedades abiertas, pero sobre todo, a un progresivo desmontaje de los estados del bienestar.

Tres transiciones

Todas estas tensiones obligan a las sociedades contemporáneas a entrar en procesos de transición, desde una civilización estable en sus fundamentos geopolíticos y geoeconómicos, al menos desde la II Guerra Mundial, hasta un mundo desestabilizado y sometido a cambios rápidos y de no retorno. Podemos diferenciar, al menos, tres transiciones pendientes, y de muy diverso signo:

En primer lugar, la transición ecológica. La creciente evidencia en torno a las causas antropogénicas del cambio climático y las modificaciones radicales en la Zona Crítica donde es posible la agricultura y la vida, así como el agotamiento de recursos estratégicos como agua potable, combustibles fósiles, materias primas imprescindibles para las infraestructuras... configura un escenario de emergencia que obliga a repensar el uso de los recursos, la generación de energía y los modelos económicos y tecnológicos que la hacen viable. La transición hacia otro modelo de relación con el entorno será, sin duda, uno de los grandes desafíos de las próximas décadas.

En segundo lugar, la transición tecnológica. Del mismo modo que la digitalización y la transmisión de información mediante redes de internet transformó el conjunto de la economía en todos los niveles de producción, gestión, logística y comercialización, la irrupción de la inteligencia artificial, por un lado, y la tasa de rápida innovación debido a su aplicación (biotecnología, nuevos materiales, transformaciones en los dispositivos militares y de seguridad) está produciendo lo que la escuela de Sussex llama “cambios de paradigma tecnológico”, que ocurren cuando toda la base material de una sociedad, tanto en lo económico como en lo político y lo cotidiano, se adapta a una nueva tecnología.

En tercer lugar, la transición cultural que implica el paso de un sistema global sostenido en la WEB 2.0 a la sociedad de los

datos. El capitalismo de la vigilancia, la economía de la atención, el control de los datos y la soberanía tecnológica aparecen como los nuevos entornos comunicacionales de esa nueva sociedad, en la que las grandes guerras culturales pueden trasladarse al control de los datos y la información, a los monopolios del conocimiento y de los dispositivos de su redistribución.

¿De qué forma afrontar estas tres transiciones de un modo que sea beneficioso para el conjunto de la humanidad, y no sólo para las élites económicas y los grandes grupos de poder? El gran desafío de la democracia por venir es sustraerse tanto al determinismo tecnológico como al fatalismo ecológico, y reconstruir la capacidad de acción democrática ante esos procesos. Más que dejarnos avasallar por esa vorágine de transformaciones, urge hallar una salida democrática a las tres transiciones, situando en el centro la capacidad de agencia de la ciudadanía y el poder de intervenir colectivamente en los procesos que modifican nuestras vidas. La sensación es de encontrarnos en un momento de umbral, ya que el potencial de la humanidad es ambivalente: hay posibilidades de entrar en una edad oscura de violencia y autoritarismo, pero también de superación del modelo capitalista de explotación del mundo. Nos encontramos en un momento en que puede vislumbrarse el borde entre estos dos espacios de posibilidad.

Lo que sigue es una serie de retos y desafíos para abordar democráticamente esas transiciones y para afrontar los fenómenos de cambio que vienen desde la conciencia de habitar ese umbral.

Retos para las democracias realmente existentes

1. La revolución de los cuidados y la democracia de la interdependencia.

Toda democracia descansa sobre una inmensa cantidad de trabajo de cuidados sin la cual ninguna libertad podría ejercerse y ningún proyecto vital podría sostenerse. Esta es una idea que reitera la investigadora Joan Tronto y que es un buen punto de partida para mirar al futuro. Porque durante mucho tiempo nos hemos narrado como sociedades a partir de la figura del individuo autónomo, pero ningún ser humano llega al mundo siendo independiente, nadie atraviesa la vida sin necesitar ayuda y casi nadie abandona este mundo sin depender nuevamente de otros. Nuestra condición más profunda no es la autosuficiencia, sino la interdependencia. Por ello, uno de los principales desafíos de los próximos cincuenta años consiste en atrevernos a organizar nuestras instituciones a partir de esa evidencia. Una imagen de ese futuro posible vendría de cambiar el predominio histórico de la lógica bélica por una necesaria lógica de cuidados.

Hay una interesada borrosidad sobre el convenio, como tal modificable, de que los cuidados son una inclinación privada, una obligación familiar o una disposición supuestamente natural de las mujeres. Al patriarcado le interesa no romper la expectativa callada y reiterada que da por hecho que las mujeres cuidarán y que quienes lo hacen como profesión cobrarán poco o lo harán sin derechos. Que los haceres indispensables para sostener la vida sean, al mismo tiempo, escasamente reconocidos desde el punto de vista económico, político y simbólico, está en la raíz de la desigualdad sobre las que se sostiene la violencia, la guerra y las actuales formas de destrucción del planeta. Sin embargo, no creemos que se trate solamente de seguir preguntando “quién cuida” mientras los privilegiados que son cuidados sin cuidar, miran para otro lado; se trata de plantearnos cómo gestionamos social y políticamente la responsabilidad de cada humano de cuidar.

La revolución de los cuidados no sería un asunto meramente de conciliación e igualdad entre hombres y mujeres, sino que además requiere una transformación más profunda. En tanto precisa reconocer el cuidado como un principio de organización democrática; como efecto, una democratización de las responsabilidades, una profesionalización y dignificación de los trabajos de cuidados y una revalorización cultural de aquellas tareas que permiten que la vida continúe. La sociedad que escora ese cuidado a un género, infravalorando ese hacer, es también la que paga mal (o simplemente no paga) a quienes cuidan como profesión obviando la devaluación de su práctica cuando muy a menudo se alienta la suficiencia de algún tipo de capital simbólico (cariño, regalos, aplauso...), legitimando una jerarquía de valores donde lo más importante es lo que produce riqueza, mientras que lo que hace posible la existencia misma, no siempre conlleva derecho laboral ni sueldo digno, ni mucho menos tiempos equitativos.

Dentro de cincuenta años, vivir en libertad podría significar haber abandonado la fantasía del individuo autosuficiente para asumir que una comunidad se mide también por la forma en que acompaña la vulnerabilidad de las personas. Imaginamos la democracia del futuro como aquella que, en lugar de organizarse exclusivamente alrededor de la rivalidad competitiva y bélica y la productividad, aprende a reconocerse en la dependencia mutua, haciendo de los cuidados una responsabilidad compartida. Porque diríamos que una sociedad que pone la vida en el centro es también una sociedad menos seducida por la guerra, menos dispuesta al sacrificio de los vulnerables y más capaz de convertir la libertad en una experiencia verdaderamente común. El cuidado aquí no sería un asunto más o el título de una oficina para el futuro, sería el fundamento material y ético que posibilita la democracia, que la mejora cuando aprendemos a asumir colectivamente la interdependencia.

2. Reinventar la participación democrática: De las políticas de agravio a las políticas de la creación social extendida.

En el centro de la vida democrática está la cuestión de la participación ciudadana. ¿De qué forma la ciudadanía, a través de sus movimientos, asociaciones y comunidades, es capaz de intervenir en las políticas públicas y en la toma de decisiones colectivas? Buena parte de la lucha no revolucionaria de los últimos dos siglos se ha dirigido mediante manifestaciones sociales de agravios y desigualdades a forzar al Estado a incluir en los sistemas de seguridad social sus reivindicaciones como ampliaciones de las políticas públicas y de la idea misma de justicia. Estas luchas sindicales y de movimientos sociales han sido determinantes en la construcción de las democracias avanzadas, pero ahora nos encontramos ante un cambio civilizatorio en que, en primer lugar, las élites mundiales han decidido limitar o directamente desmontar el sistema de solidaridad pública y sustituirlo como sistemas some-

tidos al mercado. En segundo lugar, las políticas de agravio son vistas cada vez más como políticas de nostalgia por lo perdido, que producen fricciones generacionales e interseccionales, acerca de qué reivindicaciones tienen prioridad.

Es por ello que los nuevos laborismos y los movimientos sociales se encuentran en crisis por ser incapaces de ofrecer modelos sociales que susciten esperanza y combatan el miedo que se ha extendido como estructura de sentimiento a lo largo y ancho del planeta y de los pueblos. Uno de los grandes retos de la ciudadanía democrática consiste, pues, en reinventar las formas de participación colectiva y los marcos de sentido desde los que hacerlo, apostando no solo por una política reactiva –de defensa de aquellas conquistas que están en riesgo– sino también por una imaginación afirmativa capaz de proponer imágenes creíbles de otras democracias posibles. Y de enfrentar la máxima tatcheriana de “No hay alternativa” con propuestas viables y deseables, que una mayoría social pueda abrazar y sentir como suyas.

Pongamos un ejemplo modelo de estas nuevas formas de participación e imaginación colectiva: los laboratorios ciudadanos son una iniciativa modesta, frágil, de alcance limitado que, sin embargo, anticipa formas de implicación de diversas capas de la sociedad en la actividad creativa. Estos espacios de colaboración entre personas que, de un modo horizontal, experimentan, diseñan y ponen en marcha proyectos para mejorar las condiciones de vida en la ciudad podemos pensarlos como prototipos o modelos piloto de nuevas formas de participación colectiva. Espacios de experimentación social y de imaginación creativa que anticipan las dinámicas cooperativas de una democracia futura posible.

3. Por una cultura común y de lo común: Nuevos humanismos no androcéntricos y antropocéntricos.

El humanismo constituyó una innovación crucial en la forma de pensar nuestro lugar en el mundo. A pesar de todas las merecidas críticas que ha suscitado, la idea general que atraviesa la historia de la modernidad es que la humanidad está sola en lo que respecta a sus capacidades de transformación. Ni los dioses ni el destino, ni alguna supuesta tecnología va a salvar a la humanidad. En el aspecto cultural, el humanismo siempre se ha manifestado como una corriente que considera que la cultura puede mejorar las sociedades y la gente. En lo que respecta al orden social, el humanismo cívico ha defendido siempre proyectos de autonomía en todos los niveles de orden social, confundiendo-se con el republicanismo. Las críticas recientes de inatención a la naturaleza y antropocentrismo y de estar contaminado de supremacismo y androcentrismo están más que justificadas, pero

necesitamos renovar las viejas ideas en nuevos proyectos de solidaridad con toda la vida y de inclusión e igualdad.

¿Cómo renovar el pensamiento humanista desde una perspectiva no androcéntrica ni antropocéntrica? Ese es un reto que las democracias futuras deberán abordar, pero en torno al cual pueden adivinarse ya tendencias en los movimientos sociales y en el pensamiento crítico. Las luchas y el pensamiento feminista no solo han elaborado una crítica a los implícitos patriarcales del humanismo, sino que han aportado marcos cruciales para su reformulación como la revalorización del cuidado como forma de relación primordial. Por su lado, los movimientos ecologistas han puesto el acento en la dimensión destructiva de la fantasía de un ser humano desgajado de su entorno natural, así como en el especismo implícito en la centralidad ideológica de lo humano, y han propuesto nuevas formas de pensar lo social a partir de formas relacionales que involucran la participación activa de agentes humanos y no humanos.

Ese reto pasa, por una parte, por la reivindicación de la *cultura común*, como un espacio de conflicto y comunicación sin violencia, que ponga en relación a actores diferentes en una red interdependiente en la que a cada uno le sea reconocida su capacidad de agencia. Pero pasa también, por otra parte, por una nueva *cultura de lo común*, en la que se interiorice la necesidad de cuidado y preservación de los bienes y espacios comunes. De esa cultura común y de lo común surgirán nuevas formas de comunidad que, sin perder el impulso transformador y emancipador del humanismo, serán capaces de reformularlo desde parámetros nuevos.

4. Más allá de las sociedades del consenso: Democracias que integren el disenso, la fricción y el conflicto y lo limiten con formas democráticas de control.

Los mitos de nuestra democracia han glorificado el consenso como método de resolución de los problemas sociales. Sin embargo, en muchos casos los consensos han sido más de las élites políticas que de las mayorías sociales a las que estas debían representar. Efectivamente, muchos de los problemas de las democracias actuales provienen de una concepción consensualista de las instituciones: el miedo a la polarización y la fragmentación social han generado mecanismos que impedían en la práctica experimentaciones e innovaciones democráticas fuera de los límites previstos por el marco consensual. Ello ha derivado en un aplanamiento de la deliberación democrática, cada vez más reducida a una discusión técnica sobre los medios en vez de un debate abierto sobre los fines. ¿De qué forma integrar en ese escenario el disenso, la fricción y las voces que abiertamente disienten de los sentidos comunes de una época?

Un diseño institucional realmente democrático debe estar siempre en los bordes de la política, permitiendo fricciones y planteando los conflictos en un lenguaje común en el que puedan ser expresados. Efectivamente, los conflictos expresan dilemas sociales que muchas veces tensan todos los procesos institucionales de la democracia, pero es justamente la posibilidad de automodificarse lo que hace a las democracias abiertas y en permanente proceso de autoconstitución. En otro caso, los principios constitucionales pueden ser un instrumento de aplastamiento y silenciamiento de los disensos y creación de ignorancias estructurales.

La democracia del futuro, además, deberá repensar su relación con la justicia. No solo por la independencia del ámbito judicial con respecto a la disputa política, sino por una relación más profunda que evite los silenciamientos y exclusiones de quienes no alcanzan a ser atendidos por ella. De hecho, la injusticia epistémica es uno de los males estructurales de las sociedades democráticas, tanto en su forma testimonial –cuando el conocimiento de alguien es ignorado por los prejuicios estructurales con respecto a su grupo de pertenencia– como hermenéutica –cuando su experiencia no es comprendida porque no existen conceptos disponibles ni marcos de interpretación admitidos socialmente capaces de explicarla–. ¿De qué forma las democracias futuras podrán generar mecanismos para asegurar una verdadera justicia epistémica que evite las formas de exclusión estructural y silenciamiento de poblaciones enteras que carecen hoy de la capacidad de hacerse escuchar?

5. Resituuar el arte y la creatividad: Del marco de la industria de la cultura a la creatividad social generalizada.

El arte y la creatividad forman parte esencial de la vida democrática, pues intervienen activamente en la imaginación pública y permiten explorar desde formas diversas los conflictos, tensiones y miedos que atraviesan a la sociedad contemporánea. Por eso es tan problemática la desigual distribución social del trabajo creativo de nuestras sociedades. El marco conceptual y productivo de la industria cultural, desarrollado por las políticas públicas y el capital privado en las últimas décadas, ha servido para profesionalizar el ejercicio de la creatividad, al precio de inscribirla en el marco de la competitividad y la estandarización productiva. En ese contexto, la mayoría de la población queda excluida de los circuitos creativos, y reducida a mera consumidora de imágenes, narrativas y discursos producidos por otros.

Una concepción democrática de la vida cultural debería explorar otras dinámicas y convertir la creatividad cultural en una

dimensión central de la vida. Se trata de una compleja transición: de una vivencia de la ciudadanía democrática basada en el consumo de producciones ajenas, producidas por profesionales, a otra centrada en la experiencia vivida, individual y colectiva, de la creación cultural. Una cultura que transforme no por el impacto de un mensaje o una representación, sino por la experiencia misma del acto creativo. Por el proceso complejo de inventar formas, lenguajes o texturas capaces de transformar nuestros mundos sensibles y nuestra percepción de la realidad.

La creación cultural es, además, un laboratorio de experimentación social de primer orden. Es el terreno en el que exploramos las historias que nos podemos contar, las imágenes con que nos representamos, los sonidos y las formas que nos interpelan. Una democracia profunda debería asegurar no solo un acceso igualitario al consumo cultural, sino que todo ese potencial exploratorio no fuera patrimonio de las industrias culturales y de los capitales que las financian. Es decir, debería asegurar un acceso igualitario a las condiciones, espacios y herramientas de la creación cultural. Esa será la transformación crucial.

Por eso uno de los grandes retos de la democracia por venir será reformular las dinámicas creativas y las políticas públicas con respecto a la cultura. ¿Qué tipo de instituciones y prácticas podrían hacer posible la transición a un modelo de creatividad cultural generalizada? ¿Qué espacios, qué entornos y qué sensibilidades necesitaríamos para el surgimiento y consolidación de esa nueva cultura democrática, en el sentido más preciso del término? ¿A qué nuevas formas de vida en común nos podría acercar esa transición cultural?

6. Una cultura constituyente: Estéticas y narrativas para una democracia por venir.

La cultura crítica ha sido un elemento crucial en la consolidación de la vida democrática. Ha generado lenguajes con los que expresar el disenso, el descontento y la frustración; ha propuesto historias en las que reconocer nuestras indecisiones, nuestras dudas y nuestra confusión. Ha servido, en ocasiones, como un terreno en el que canalizar el malestar que no encontraba otros espacios para ser nombrado ni expresado. Ha permitido dar forma, a veces frágil y fragmentaria, a veces contundente y agresiva, a estados emocionales y estructuras del sentir novedosas, y ha conseguido que muchas personas entendieran zonas opacas de sus propias vidas a partir de ficciones que, aunque parecieran hablar de otras cosas, estaban hablando de ellas.

En el contexto de crisis permanente de la última década y media, la cultura democrática ha sido extraordinariamente fecunda

en la creación de estéticas y narrativas *destituyentes*, que visibilizan las violencias sistémicas y las formas de dominación social y tratan de desautorizar sus lógicas. Son destituyentes porque intentan deslegitimar esas formas de ejercicio del poder poniéndolas delante de los ojos de su público. Deslegitimación, desnaturalización, problematización, desnormalización, visibilización son algunas de las palabras clave de su campo semántico: un freno y un palo en la rueda a la maquinaria bien engrasada del capitalismo contemporáneo. De ese modo, la cultura crítica se configura como un contrapeso de las tendencias a la normalización de la precariedad y el abuso. Se trata, sin duda, de una función que la cultura democrática del futuro deberá profundizar y expandir.

Naomi Klein señaló, sin embargo, que “decir no no basta” y que habría que construir, aunque fuera en el territorio de la imaginación, algo a lo que decir sí. Y lo cierto es que la cultura reciente ha sido mucho menos fecunda en estéticas y narrativas que, más allá de criticar lo existente, planteen imágenes y narraciones que nos permitan imaginar y hacer creíbles formas de vivir diferentes –y más deseables– que las que nos ha tocado habitar. Porque a una dinámica *destituyente* debería seguir la constitución de algo nuevo.

Y en la dinámica *constituyente* de una nueva realidad colectiva, el arte y la cultura, como laboratorios de experimentación imaginaria pueden desempeñar un rol esencial. No solo llevando a cabo una crítica de lo existente, sino también tratando de formular, tentativamente, la emergencia de lo nuevo. Ensanchando los límites de lo que es posible imaginar, pensar, representar. ¿Cómo serán esas narrativas constituyentes, que contribuyan a fabricar realidad, y que afirmen la posibilidad de otras vidas, de otras lógicas de mundo, de otras formas de estar juntos?

7. La educación para el futuro. Contra la degradación del pensar, por el sentido crítico y el espíritu creativo.

Ninguna sociedad debiera justificar la educación basándose en su rentabilidad, normalizando que las escuelas formen trabajadores y no ciudadanos, ni aceptar que sus propósitos brillen entre parpadeantes luces de neón que digan: “más competitivos”, “más innovadores”, “más rentables”, omitiendo que esa rentabilidad es para los que ya acumulan poder y capital. Nunca esa sociedad libre que imaginamos reduciría la escuela a un instrumento de productividad. La educación es, antes que nada, el lugar donde una comunidad enseña a las personas a pensar por sí mismas y en común, preparando y haciendo posible una vida democrática. Una escuela o una universidad democrática no mide a las personas en términos de eficiencia, ni las deshumaniza como engranajes de la maquinaria mercantil.

Pensando en la libertad futura, la imaginamos brillar si defendemos una enseñanza capaz de cultivar justamente lo que es

más difícilmente cuantificable, el juicio crítico, la sensibilidad hacia la experiencia ajena, la imaginación, el pensamiento libre que no deriva en lógicas bélicas, el que practica el poder del diálogo y de la palabra, la capacidad de argumentar y de habitar la complejidad sin sucumbir al dogmatismo, capaz de acoger el disenso y las fricciones con formas democráticas de control. Y para ello no se pueden relegar las artes y las humanidades al reducto de lo menos trabajado, quizá lo ornamental, lo que cuesta justificar en términos de rentabilidad y se aparta, o mucho peor, se devalúa. Las democracias enferman cuando las humanidades se difuminan de la educación y del diálogo social. Porque formar personas competentes técnicamente no vale socialmente si no se ayuda a las personas a comprenderse y a comprender, a ser capaces de examinar críticamente el mundo que viven. La soledad y la ansiedad pronto enfermarían a las personas que ante la saturación de estímulos de un mundo que no entienden fácilmente se refugiarían en los mensajes y arropos de voces más altas y consignas más simplificadas. El futuro que empieza tiene que responder a lo que ya está pasando.

Y para comprender resulta esencial ser capaces de ponerse en el lugar de quienes viven distinto o son diferentes. Y claro que la imaginación puede ayudarles, porque al imaginar necesitamos vernos como otros, ponernos en esos lugares, situaciones y cuerpos y preguntarnos, ¿cómo se ve el mundo desde aquí? En el futuro que imaginamos la sociedad educa, pero las profesoras y maestros también. Y su tarea logra por fin una consideración social y una dignidad laboral que expulsa de su cotidianidad la normalidad precaria. Si educar es uno de los trabajos de mayor responsabilidad política, porque de él depende en buena medida la transmisión de la conversación democrática entre generaciones, difícilmente puede sostenerse bajo condiciones de temporalidad, burocratización y precariedad naturalizada. Es necesario crear y consolidar condiciones para ejercer este trabajo como práctica de cuidado intelectual, compromiso, acompañamiento y esperanza.

Imaginar vivir en libertad en los próximos cincuenta años, requeriría recuperar la escuela y la universidad como lugares donde todavía es posible demorarse en una pregunta, aprender a escuchar y descubrir que el conocimiento no consiste únicamente en acumular información, sino en adquirir una cierta disposición hacia el mundo y hacia los demás. Porque una democracia madura no es la que produce individuos perfectamente adaptados a las exigencias del mercado, sino la que se atreve a formar personas capaces de pensar crítica y comunitariamente esas exigencias que proyectarán sobre ellas y capaces de transformarlas.

8. Infraestructuras para la democracia: políticas de soberanía tecnológica y descentralización.

Vivimos en un momento de acelerada transformación de los entornos de vida. No solo por la revolución tecnológica y los efectos del cambio climático, sino también por la transformación acelerada de las ciudades y de las infraestructuras materiales de los espacios urbanos en que vivimos la mayoría de la población. Y la dirección que tome esa transformación será crucial para facilitar las dinámicas de la vida democrática o, por el contrario, para dificultarlas y secuestrarlas. La historia de las ciudades nos muestra, de hecho, que en el diseño de los espacios comunes y de su interconexión puede motivar dinámicas de segregación, exclusión y diferenciación social o, por el contrario, generar dinámicas de participación, inclusión y bienestar social.

Por ello las políticas de reconstrucción de la ciudad como un hábitat vivible serán centrales en las democracias del futuro,

pues el orden de la ciudad es precisamente el que conecta los espacios de intimidad con los espacios públicos, y lo cotidiano con lo institucional. ¿Cómo queremos que sean las ciudades que habitamos? Sin duda, más amables y vivibles, más sanas y limpias y con una distribución que facilite la vida en común. Porque la democracia también se juega en las infraestructuras materiales: un entorno que facilite habitar el espacio público y la movilidad segura independientemente de la edad, el género, la condición racializada o la clase social asegura el disfrute de lo que Lefebvre denominó el “derecho a la ciudad”, y que muy a menudo resulta impracticable en las ciudades actuales. Porque cuando el diseño de la ciudad se deja en manos de los inversores privados y los intereses especulativos los habitantes pierden el poder de decidir sobre sus formas de vida: gentrificación, segregación social y racial, distribución desigual de la seguridad, con espacios securizados para las élites y espacios de riesgo para las comunidades más vulnerables.

El necesario cambio en nuestros espacios y hábitats, la descentralización en los diversos niveles de orden y gestión de la vida social y de la vida cotidiana exige cada vez más la distribución de la agencia en diferentes escalas de organización. No todo el mundo puede ser experto, pero todo el mundo es experto en algo, en particular en su conocimiento de su entorno más allá de la división técnica del trabajo. La idea de soberanía tecnológica no consiste en convertir en ingenieros a cada colectivo, sino en el fortalecimiento de las capacidades de agencia, híbrida, colectiva, en donde la apropiación de las técnicas en los niveles posibles vaya de la mano de una autoafirmación de los proyectos particulares de las comunidades, de las ciudades y de toda la riqueza de formas sociales de existencia. En un mundo de competitividad tecnológica desaforada, son necesarias políticas de creación de redes básicas de interconexión de saberes técnicos y cotidianos para concebir y llevar a cabo proyectos colectivos y personales, para hibridar lo técnico y el sentido humano de la existencia.

La transformación de las ciudades será inseparable de la transformación de los pueblos y del campo, y ambas deberán pensarse como parte de una misma reorganización de la vida humana sobre el territorio. Mientras las grandes ciudades continúan creciendo y concentrando población, recursos, servicios y oportunidades, las políticas de apoyo a los pueblos y a las comunidades rurales siguen siendo insuficientes para sostener formas de vida que garanticen autonomía y futuro. Sin embargo, los retos climáticos, la crisis de la vivienda, la presión sobre los servicios públicos y el creciente malestar con las formas contemporáneas de habitar las ciudades están situando de nuevo a los pueblos en el centro del debate. No se trata de idealizar lo rural ni de imaginar un regreso a formas de vida del pasado, sino de reconocer la complejidad de una transformación comunitaria capaz de articular proximidad, cuidados,

producción, sostenibilidad y acceso a derechos. Recuperar la capacidad de los territorios pequeños para generar comunidad, conocimiento y autonomía creando y ampliando infraestructura de servicios sería clave ante un futuro en el que la concentración urbana convivirá con la necesidad de redistribuir población, recursos y posibilidades de vida.

La transformación de las comunidades es también una transformación material de las infraestructuras que organizan la vida. Pero, ¿cómo abordar las transformaciones deseables y las que operan como inercia en un planeta donde la distinción entre ciudad y campo deriva a fórmulas desbordantes y en apariencia no coordinadas de megalópolis, corredores logísticos y redes que conectan los territorios por tierra, mar, aire y estratosfera? Como ha analizado David Harvey, el capitalismo ha desplazado buena parte de su capacidad de dominio desde el control del tiempo hacia la espacialización del poder. Controlar el espacio implica controlar lugares, infraestructuras, flujos y posibilidades de movimiento en distintas escalas. En este nuevo paisaje, la soberanía tecnológica será una dimensión inseparable de la soberanía democrática. Palpitan las preguntas por quién posee los datos que producen nuestras ciudades y territorios, quién decide sobre su uso, qué sistemas vigilan y predicen nuestros comportamientos y quién controla las infraestructuras digitales de las que dependen la movilidad, la seguridad, la comunicación y buena parte de los servicios públicos. Proteger la intimidad y garantizar el control ciudadano sobre estos recursos sería, por tanto, una forma contemporánea de defender el derecho a la ciudad

En esa línea, la descentralización puede convertirse en uno de los grandes principios políticos de la transformación urbana y territorial. Distribuir el poder tecnológico, energético e informacional significa favorecer sistemas capaces de generar autonomía local y cooperación entre territorios, como redes descentralizadas de energía, infraestructuras digitales auditables, gestión comunitaria de datos y decisiones sobre el espacio más próximas a quienes lo habitan. La ciudad democrática del futuro tendría que preguntarse qué tecnologías necesita, quién las gobierna y qué formas de vida hacen posibles. La soberanía tecnológica amplía así el derecho a la ciudad, del derecho a ocupar y disfrutar un espacio común al derecho a intervenir en las infraestructuras materiales, energéticas, informacionales y algorítmicas que condicionan cómo ese espacio puede ser habitado.

9. Liberar tiempo de vida del marco de la productividad.

Escribió Cortázar que cuando te ofrecen un reloj de aniversario en realidad no te lo regalan, sino que eres tú el regalado para el cumpleaños del reloj. Se refería al modo en que el sujeto de la modernidad quedaba atrapado en el fetichismo consumista de los objetos, pero también en una experiencia regulada del tiempo, un “calabozo de aire” en el que la vida perdía su densidad y su textura. Efectivamente, pocas experiencias caracterizan al mundo contemporáneo tanto como la administración regulada del tiempo y su tendencia a la velocidad y la aceleración constante. En todos los dominios de la vida se imponen ritmos, dinámicas y exigencias que hacen de la experiencia del tiempo vivido libremente un bien escaso, que una nueva concepción de la democracia debería proteger y potenciar, como núcleo de una nueva forma de habitar la ciudadanía.

En ningún dominio esa vivencia de la velocidad es tan intensa como en el mundo del trabajo: producir más, en menos tiempo, hacer del tiempo humano una carrera contra el reloj. Pero la exigencia de una productividad en crecimiento constante ya no es patrimonio del mundo laboral, sino que ha ido extendiéndose a todas las esferas de la vida, impregnando el ocio, la amistad, las relaciones amorosas y también la experiencia cultural. Ver la última serie, ir al gimnasio, tener citas... han llegado a convertirse en imperativos tan acuciantes como mandar el informe dentro de plazo o cumplir la última entrega. Todo nuestro tiempo de vida corre el riesgo de ser absorbido por la dinámica de la productividad. El agotamiento colectivo es, sin duda, su síntoma principal.

Uno de los retos de la democracia futura será repensar esa relación con el trabajo y la productividad, e imaginar formas nuevas de habitar el tiempo que nos permitan liberarlo de esos marcos. Ello pasa por construir formas de vida y políticas públicas no laborocéntricas, en las que el valor de la persona no dependa del trabajo que realiza ni de su índice de productividad. Y también por recuperar socialmente el valor de lo improductivo, del tiempo que se deja pasar, del aburrimiento y de la lentitud.

Imaginamos una democracia lenta, pues, que se adapte a ritmos amables y flexibles, en la que nuestros cuerpos no se vean comprometidos en cronogramas extenuantes ni horarios infinitos. En la que podamos dedicar nuestra energía emocional y mental a todas aquellas tareas, no productivas, que nos aportan placer, diversión, comprensión o conocimiento. En definitiva, en la que recuperemos la propiedad de nuestro tiempo y de su uso, y la capacidad colectiva de hacer con él lo que deseemos y al ritmo en que queramos.

10. *Desespectacularizar* la vida: Recuperar la atención como bien común.

Sugería Debord cómo “(e)l espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediada por imágenes”. Pensando en el futuro en ciernes y en las presiones derivadas de un mundo excedentario en lo visual, creemos que desespectacularizar ayudaría a que la realidad llevada al monopolio de su apariencia tenga réplica y no sea un “por defecto”. Para ese futuro imaginado sería necesario regalar atención, tiempo y duda en la puerta de entrada, porque lo que aparece en la pantalla movida por fuerzas mercantiles parece que solo busca audiencia. Sin duda es algo muy distinto de lo que demanda cuidado y atención, que nunca ha sido fácilmente espectacularizable.

La visibilidad en las pantallas se ha convertido en una forma de poder y las plataformas han construido un régimen de atención donde el valor se mide cada vez más por la capacidad de

acumular ojos y producir reacción, a ser posible rápida: la velocidad renta. Esto transforma nuestra manera de percibir, recordar y otorgar importancia. Uno de los grandes desafíos democráticos sería recuperar la atención como bien común y comprender las estructuras de poder que se enraízan entre dedos y pantallas. Allí donde la atención es capturada y mercantilizada, las personas se vuelven más manipulables y la libertad, más frágil.

Desespectacularizar sería una práctica sostenida en la materialidad y en otra digitalidad que libere los modos de existencia y relación. Frente a la inercia que convierte cada experiencia en contenido, habría que recuperar espacios de encuentro donde el diálogo no esté subordinado a su difusión ni a su archivo. El afuera de la red es también el adentro material y humano, sombreado e imperfecto. Un lugar desde el que pensar y relacionarnos sin quedar atrapados en la lógica del beneficio y de la visibilidad como valor todopoderoso. La espectacularización de la política, la polarización y la simplificación extrema encuentran ahí un aliado para debilitar los marcos democráticos y hacer inviable el disenso constructivo. Cuando el lenguaje se vacía y queda reducido a impacto inmediato, el diálogo pierde espesor.

La conexión permanente y la saturación de estímulos producen sujetos con dificultades para contemplar y profundizar. La tentación de pulsar un botón y delegar por defecto nos aleja de los procesos creativos y reflexivos, del aprendizaje, el error y el descubrimiento. Pasar directamente al resultado alimenta la impaciencia de desear y tener, mientras oculta la precariedad difusa que sostiene aquello que llega hasta nosotros. *Desear y lograr* se convierten en botones-abracadabra. La democracia, sin embargo, necesita ciudadanos capaces de atender a lo complejo, escuchar argumentos largos y aceptar la lentitud de la deliberación. Por ello sería importante proteger espacios de silencio, lectura, conversación y desconexión; formas de vida que no se dejen gobernar por la exhibición permanente ni por la inmediatez. Desespectacularizar hablaría, en definitiva, de recuperar el derecho a una experiencia del mundo menos acelerada y no colonizada por las industrias tecnológicas. ¿Os imagináis haber aprendido a diferenciar entre aquello que se impone a nuestra mirada y aquello que merece verdaderamente nuestra atención?

11. Un futuro donde los pobres también juzgarán mañana. Justicia y clase social.

Hay cosas que se heredan de padres a hijos, se hereda la nariz chata, la enfermedad genética, un hermoso color de ojos... Pero que existan trabajos tradicionalmente alentados para determinadas familias con recursos y favorecidos para una determinada clase social, ¿qué implica para la democracia? No es lo mismo hablar de que hay más agricultores pobres o de que hay más jueces que vienen de familias pudientes. Lo segundo implica que un poder que presuponemos independiente como la justicia pueda favorecer a determinadas personas y familias. Y la mera posibilidad de este condicionamiento o sesgo debe llamar a reflexión y enmienda.

Las democracias recientes han dedicado los últimos cincuenta años a ampliar derechos y a derribar viejas formas de exclusión, pero han prestado menos atención al modo en que la

libertad queda condicionada por el azar del nacimiento. No elegimos el lugar donde nacemos, las personas con las que crecemos, la lengua que escuchamos de niños, los recursos de nuestros padres, las enfermedades que de la familia nos vienen... Pero pensamos que sí elegimos lo que podemos “hacer” en nuestra vida futura. Es la ilusión que se deriva de una educación pública y una democracia que alienta en las personas soñar libremente con lo que quieren ser y que crea la esperanza de que puede lograrse. Pero la ilusión se queda en espejismo y con una expectativa que causa frustración.

Un desafío de las próximas décadas consistirá en aceptar que la igualdad no exige tratar a todos de la misma manera, sino corregir, en la medida de lo posible, las injusticias que se derivan de esa lotería originaria, de la desigualdad que tiende a repetirse si no se interviene socialmente. En comprender que la base de la desigualdad descansa en el hecho de que muchas de las posibilidades vitales descansan sobre el reparto arbitrario de circunstancias en el nacimiento.

Pocas esferas muestran esta tensión con tanta claridad como el acceso a los altos cargos de la justicia en los últimos años de la democracia en España. Porque ¿qué ocurre si quienes tienen encomendada la defensa de la igualdad ante la ley proceden únicamente de entornos capaces de sostener largos años de preparación de oposiciones y estudio no remunerado que no podría permitirse un pobre (no becado)? ¿La sociedad tendría acaso que resignarse a naturalizar la orientación de quienes han crecido sabiendo que determinados lugares son más claramente para ellos, que en cierta forma sienten que les pertenecen? No se trataría de impugnar el mérito ni de sospechar por defecto de quienes alcanzan esas responsabilidades como si fuera parte de la herencia de un linaje, sino de preguntarnos cuántos talentos quedan excluidos antes siquiera de iniciar el camino, cuántas vocaciones se abandonan por razones estrictamente materiales y cuántas capacidades pierde una sociedad cuando confunde mérito con privilegio sedimentado.

La democracia futura deberá imaginar instituciones menos subordinadas a la herencia social. Pensamos en un sistema robusto de educación y becas, de apoyos económicos específicos y sostenidos, así como de mecanismos de acompañamiento para el acceso a las profesiones jurídicas; apoyos no concebidos como una mera política asistencial, sino más bien como una manera de favorecer la ingeniería democrática basada en la igualdad de oportunidades. Porque la independencia de la justicia no depende únicamente de la separación de poderes, también depende de la posibilidad real de acceso y de experiencias vitales *plurales*, no de un perímetro social estrecho. Una democracia en la que determinadas profesiones terminan pareciéndose a un patrimonio familiar corre el riesgo de convertir la igualdad en una ficción y la libertad en un privilegio heredado.

Desactivar, o contribuir a desactivar la transmisión invisible de las desigualdades es algo que debiera ponerse sobre la mesa cuando pensamos el futuro. Que un joven criado en la periferia, una hija de trabajadores o alguien sin tradición familiar de estudios superiores puedan también llegar a ocupar los lugares desde los que se interpretan y protegen los derechos de todos, sería un empuje bueno para una democracia. Porque quizá en estos cincuenta años ha habido momentos en que la coyuntura lo ha favorecido, pero las condiciones se han ido emborronando y dificultando de nuevo. Importa impedir que el origen se convierta en único destino, o que la cuna y el lado de la montaña donde se nace deje de dictar el porvenir, para que la democracia pueda crear un suelo, por fin real, de realidad material y política.

Estos once retos no agotan, desde luego, el horizonte de lo por venir, pero dibujan ya el contorno de una intuición compartida: que la democracia de dentro de cincuenta años no será simplemente una versión mejorada o degradada de la que hoy conocemos, sino el resultado de los debates —culturales, tecnológicos, ecológicos, cotidianos— que sostengamos, o dejemos de sostener, en las próximas décadas. Hemos hablado de cuidados, de disenso, de humanismos no antropocéntricos, de justicia epistémica, de tiempo liberado y de atención recuperada, porque todos esos hilos, tejen la misma pregunta: qué formas de vida en común queremos hacer posibles y a quién estamos dispuestos a escuchar.

Seguimos, como al principio de este documento, en un umbral. No sabemos qué democracia habitarán quienes hoy no han nacido, pero sí sabemos que esa democracia se estará construyendo, o deshaciendo, en cada una de las decisiones —pequeñas y grandes— que tomemos entre hoy y entonces. Quizá ese sea, después de todo, el reto de los retos: no conformarnos con que el futuro nos llegue ya decidido, sino atrevernos a imaginarlo y, desde esa imaginación, empezar a habitarlo.

Remedios Zafra. Ensayista y profesora de investigación en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Ha sido profesora universitaria de Arte, Antropología y Políticas de la Mirada. Sus trabajos se han orientado al estudio crítico de la cultura contemporánea, las políticas de la identidad y el género en las redes y las actuales transformaciones del trabajo cultural y creativo en la cultura digital. Es autora, entre otros, de los ensayos *El informe. Trabajo intelectual y tristeza burocrática* (Premio Nacional de Ensayo 2025), *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital* (Premio Anagrama de Ensayo 2017 y Premio Estado Crítico) y *Un cuarto propio conectado y Netianas. Nacer mujer en Internet* (Premio Internacional de Ensayo Caja Madrid 2004).

Jaume Peris Blanes es catedrático de literatura y cultura latinoamericana en la Universitat de València, en el departamento de Filología Española. Anteriormente, fue profesor durante dos años en la Université d'Antananarivo (Madagascar). Autor de *La imposible voz* (Cuarto Propio, 2005) e *Historia del testimonio chileno* (PUV, 2008), su principal campo de investigación han sido las formas y representaciones de la violencia política y la memoria social en América Latina y España. Es director de Kamchatka. Revista de análisis cultural y miembro del grupo de investigación REPERCRI, en el que codirige junto a Vicente Sánchez Biosca el proyecto "Nuevos paradigmas en la representación cultural de los espacios de violencia de masas: mirar y contar el siglo XX desde el XXI".

Fernando Broncano es catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad Carlos III de Madrid y anteriormente fue Profesor Titular en la Universidad de Salamanca. Su obra reivindica la atención a las mediaciones técnicas en la construcción de la identidad personal y colectiva y la defensa de la justicia epistémica en la construcción de la democracia. Es autor de varios libros sobre filosofía de la técnica y filosofía de la cultura, como *La estrategia del simbiote. Cultura material para nuevas humanidades* (2012), *Cultura es nombre de derrota. Cultura y poder en los espacios intermedios* (2018), *Puntos ciegos. Ignorancia pública y conocimiento privado* (2019) y *Espacios de intimidad y cultura material* (2020).

Impulsa:



Apoya:



Colabora:



Poliniza #01

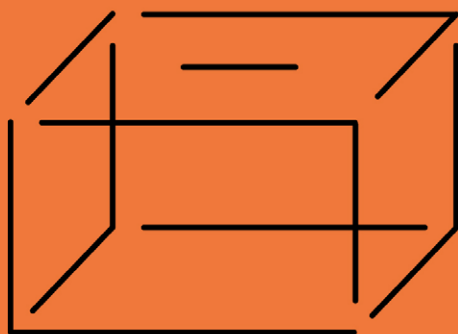
Edita: Concomitentes
www.concomitentes.org
info@concomitentes.org

ISBN 978-84-126741-4-9



Madrid | Otoño de 2026





CON—— COMITENTES

ISBN 978-84-126741-4-9
Poliniza #01